MEDITACIÓN SOBRE EUROPA

POR

ALBERTO WAGNER DE REYNA

Sin perjuicio de los múltiples aspectos y problemas comunes, propios de la singularidad de Occidente, se puede decir que éste se compone —hoy— de tres regiones, que si bien son de contornos geográficos imprecisos, se pueden caracterizar nítidamente: Europa, América sajona e Iberoamérica. No discutiremos aquí el problemático "lugar" del Canadá y de las Antillas no-hispánicas, ni la significación, para el Occidente y el mundo en general, de los Estados Unidos; sino que nos limitaremos estrictamente al primero de estos sectores: pensaremos Europa.

Y aquí surge la primera pregunta: Si sabemos que el océano y el mar en general establecen los límites de Europa hacia tres de los puntos cardinales, ¿cuál es su frontera hacia el Este? No hablamos de convenciones geográficas (los Urales) sino de la realidad humana. A lo mejor la indefinición en este punto forma parte del concepto mismo de Europa.

Indefinición, dijimos. ¿Está Europa —por entero— "definida" en todos los perfiles de su esencia y existencia? ¿Es homogénea? ¿Cómo se ha ido formando a lo largo de su historia? ¿Desde cuándo significa ese nombre un hecho concreto, más allá de una interpretación retrospectiva? ¿Cuándo comienza a "encarnar" la antítesis a lo "bárbaro"? Estas y otras preguntas semejantes surgen en la mente cuando uno se aboca al tema "Europa". Y no pocas han sido las reflexiones para darles una respuesta.

Hoy, urgidos por los acontecimientos en la escena mundial, se impone una pregunta política: ¿Qué sentido tiene —en las actuales circunstancias— la construcción de Europa como enti-

Fundación Speiro

dad que agrupa a las naciones europeas? Esta pregunta tan simple es, sin embargo, encarada desde diversos enfoques —o niveles— por investigadores y analistas. Señalemos aquí los principales:

A) El primero de estos niveles se refiere a la naturaleza y evolución —jurídica y orgánica— de la idea de una Europa unida en una entidad distinta de sus componentes (nacionales y subregionales). Aquí es menester partir de la —durante siglos inimaginable— reconciliación franco-germana, que lleva a la suscripción del Tratado de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), firmado en 1951. Esta es la semilla de la cooperación europea y ella tiene carácter económico. A través de diversos tratados se extiende a lo financiero (euro), lo político (Parlamento de Estrasburgo) hasta llegar a la actual Unión Europea, con 25 Estados, entidad política de enorme peso y complejidad. En este nivel se observa (como al trasluz) siempre el origen económico de la colaboración regional. Y con ello se plantea la disyuntiva: ¿Debe responder la construcción europea básicamente a una urgencia y necesidad económicas o ha de estar al servicio del destino —trascendente— de esa parte de la humanidad o aún de ella en su integridad.

B) En segundo lugar está el nivel de observación integralmente histórico: las bases de Europa —y de su mentalidad— se encuentran en la Grecia clásica, el Imperio romano, el Cristianismo y su cultura (instituciones, universidades, etc., medioevales), pero también en las grandes quiebras de su unidad que fueron la Reforma protestante, la Ilustración y la Revolución francesa. Ellas introdujeron nuevos "valores" en su mentalidad. O, dicho de otra manera: el orden natural, establecido por Dios, fue sustituido por los "derechos del *hombre*" —autoridad suprema cuya voluntad moral y política define el orden "correcto" entre hombres y cosas—; y, dada la

Fundación Speiro

posible diversidad de decisiones de esta voluntad, se establece un relativismo y pluralismo universal, que se autoproclama la máxima conquista de la Humanidad.

A esta evolución se añade la revolución industrial del siglo XIX, que desvía la atención hacia lo económico y consecuentemente a las tensiones que implica. Sobre la importancia que ha de concederse a cada uno de estos elementos —especialmente sobre la contribución del Cristianismo a la "sustancia espiritual" de Europa— hay un manifiesto desacuerdo que, en parte, es responsable de la paralización del proceso de adopción de una Constitución para la UE.

C) Desde un nivel patriótico, la pregunta crucial se puede reducir a la siguiente: ¿Implica la Europa que se construye el abandono del sentimiento nacional? La Nación, que con tanto esfuerzo se logró concretizar en el alma y la realidad de quienes viven (y por ella han muerto) en ese continente, está en juego. Corrientes nacionalistas temen que la integración en la Unidad eche por la borda esos valores fundamentales; a lo cual responden los europeístas que la única manera de que estos sobrevivan es integrándolos en una fuerza moral e intelectual de vigencia efectiva en el panorama internacional: Europa.

D) Con un criterio, precisamente, planetario —el nivel de la globalidad—, se señala la urgencia de una Europa unificada y estructurada. La humanidad no pude funcionar a base de una vacilante "monopolaridad" (orientada en Washington), como la tenemos ahora. Aquí inciden consideraciones sobre la significación y sustancia de Occidente y, también, aquellas relativas al equilibrio dentro de éste. Los EE.UU. necesitan un interlocutor —Europa— con quien "dialogar", que sea igualmente valedero frente al otro polo surgente —Asia (China, India, etc.)—, si queremos una vida internacional equilibrada, basada en la justicia, los derechos humanos, el desarrollo y la paz.

Fundación Speiro

Teniendo en cuenta esta multidimensionalidad —o pluralidad de niveles— de la Europa de hoy, y su (diversamene apreciada) gravitación en la vida de nuestro planeta, meditemos sobre un tema que surge de la situación expuesta: ¿Cuál será la base, la fuerza motriz de este mundo que se construye hoy? Por lo pronto, la globalización actual es —pese a textos internacionales que sugieren lo contrario— exclusivamente económica. ¿Puede el hombre ser reducido a un mero factor de la producción y consumo? Aquí resurge la problemática del primer nivel sobre el contenido fundamental de la Unión Europea. Frente al paneconomismo, debe darse, en ella, un verdadero humanismo, que englobe toda la naturaleza, física, social, espiritual del hombre. En esta afirmación pueden coincidir todos los europeos —todos los occidentales—, sean fieles a la Verdad absoluta y revelada (cristianos), sean defensores de los derechos humanos (demócratas y librepensadores). Europa, heredera de tradiciones luminosas y portadora de ideales, cumpliría así su destino universal.

En este bello acorde sinfónico —en que la Historia podría tener su (feliz) término— incide, sin embargo, una realidad de vigencia mundial, pero que en Europa adquiere caracteres dramáticos. Una mentalidad y cultura —una religión— no sólo no-occidental sino históricamente antioccidental se hace presente en su propio seno. Más allá de una guerra de civilizaciones (que también puede resultar) realiza ella una infiltración o conquista desde dentro, silenciosa o violenta según las oportunidades.

Lo paradójico del caso reside en que este anti-occidentalismo defiende los principios más profundos de la esencia de Europa, aquellos, precisamente, a los cuales ella ha renunciado al iniciar su propia alienación laicizante. O dicho en otras palabras: el Islam en su conquista (o pretendida "reconquista") de esa región invoca lo sacro —la santidad de Dios—, esa instancia que es la fuente de la legitimidad y vigor de Europa, pero que ella abolió oficialmente al recluir a Dios en la esfera de lo privado.

La paradoja llega a su climax en un caso —anecdótico pero no por eso menos revelador— ocurrido en Francia: un miembro

Fundación Speiro

de la Asamblea nacional presenta un proyecto de ley contra la blasfemia, que desde hace muchos años había desaparecido del derecho penal francés. La causa ocasional son las caricaturas danesas sobre Mahoma, que se reprodujeron Francia; el objeto, dar garantías a los musulmanes que residen en el país del respeto de su fe, a cambio del acatamiento de los "valores republicanos" vigentes en éste.

Cuando cintas cinematográficas norteamericanas ofendieron a los católicos de Francia con escandalosas escenas y guiones que implicaban a Jesucristo y la Virgen María, ningún representante presentó un proyecto de ley: la religión es asunto privado, y sus problemas han de ser resuelto a ese nivel. Esto en lo que toca al Cristianismo, y lo aceptan los cristianos. Pero, cuando se trata del Islam, la cosa cambia de aspecto: los musulmanes exigen el respeto de su fe y hay quienes están dispuestos a dar garantías públicas —legales— encaminadas a esta salvaguardia.

La neutralidad del pluralismo, que afirma el moderno occidentalismo, ha llevado a una "religión laica", promovida oficialmente por la comunidad internacional (ONU, UNESCO). Las infracciones a ella son fuertemente castigadas por la opinión pública y los medios de comunicación. Es la "religión" de los Derechos humanos, verdadero reflorecimiento del kantismo —la ley por la ley— en que estos derechos se fundamentan en sí mismos y a su vez fundamentan todo lo que la "voluntad general" —estimulada por diversos medios de presión (lobbies, prensa, etc.)— decide en nombre de la "Humanidad" (matrimonios de homosexuales, aborto, etc.).

La inmanencia se sume en sí misma. Globaliza todo en dirección de lo concreto, lo económico, sensual, utilitario. Y busca así lograr bienestar y paz planetarios. Es lo que se llama —abusivamente— progreso, o "desarrollo sustentable" (concepto que a partir del ansia de superación propia del hombre ha llegado a constituirse en fin último). Algunos llaman "decadencia", y alienación, al mismo fenómeno. Para saber quiénes tienen razón conviene echar una mirada sobre el mundo —¡el mejor de los mundos!— al cual nos dirigimos.

Fundación Speiro

Europa se encuentra en esta encrucijada; desde luego que no sólo ella, sino toda la comunidad internacional. Una somera consulta de los periódicos nos muestra la suma de violencias, tensiones, miserias, peligros y perplejidades que aquejan a nuestro planeta. Y una ligera reflexión nos señala que Occidente se halla en el centro del cuadro. Ahora bien, Europa es el primero de los (tres) componentes de Occidente, tanto por la historia —es su origen—, cuanto por su contribución a ella. Tiene, pues, una responsabilidad propia de esta situación privilegiada, una responsabilidad con Occidente y con el mundo en general. Y viene la pregunta angustiosa: ¿está ella —hoy en día y en vista de la problemática expuesta— en condiciones de hacerse cargo de este requerimiento histórico?

Tal interrogante no está aislado si no se empareja con el preguntar por la significación y destino planetario de los Estados Unidos (polo política y económicamente dominante), y de Iberoamérica, el tercer componente de Occidente. Sobre la gran potencia anglosajona, abunda la literatura, pues es objeto de la reflexión de hombres de Estado y analistas ilustres. En cuanto a la parte austral del Nuevo Mundo, me permito recordar que he publicado un texto en esta misma revista (1).

Dentro de este entorno conceptual, es ilícito —y no extravagante— preguntar: ¿es el destino de Europa convertirse en un continente dominado por el Islam? El avance de la inmigración (legal y clandestina acumuladas), el ingreso de Turquía en la UE (que en breve sería el país más poblado de ella), el alto índice de natalidad en la población musulmana, su creciente influencia y subrepticia agresividad, unidos a la pasividad de la mayoría de los europeos en esta materia hacen de la conquista (parcial, atenuada, con variantes) de Europa por los seguidores de Mahoma un futurible no absurdo.

¿Hay conciencia de esta situación —y la importancia— en la actual población, abocada a la existencia cotidiana... o la irradiación (algo frívola) de la cultura europea? ¿Cómo puede Euro-

(1) WAGNER DE REYNA, Alberto: "Bases para un enfoque iberoamericano del mundo actual", *Verbo*, núm. 435-436 (2005), págs. 383-394.

Fundación Speiro

pa volver a ser lo que era: protagonista capital de la Historia, foco luminoso, conquistador —en su misión evangélica— de espacios físicos y espirituales? ¿Sabrá y querrá despertar de su actual alienación y reaccionar para renovarse en su autenticidad cristiana? He allí preguntas que se abren hacia el mañana... y que vale la pena meditar hoy. ¡Antes que sea tarde!

Fundación Speiro